

iba á cambiarlo cuando recibió una carta de M. de Montesquiou á quien habia escrito pidiéndole algun dinero; el general estaba tan pobre como el viajero; pero á falta de dinero le ofrecia un recurso.

El general Montesquiou estaba intimamente ligado con el capitán Aloyse Joct de Saint-Georges, director de la prison de Richeneau; una plaza prometida habia quedado vacante, el nombrado no habia venido á desempeñarla, y no se le podia aguardar por mas tiempo. Este titular era de una gran familia y se llamaba Chaland Latour.

El príncipe se presentó bajo este nombre, sufrió sus exámenes y fué admitido como profesor de geografia, con un sueldo de mil quinientos francos.

El que escribe estas líneas visitó este mismo colegio 37 años despues. Hacia dos años que el ex-profesor era rey de Francia, y sin duda es curioso ver lo que escribia en esta epoca el historiador de aquella estraña asistencia, lleno de altas cumbres y de profundos precipicios, como aquella Suiza que por entonces le daba hospitalidad.

La carta estaba dirigida á su hijo, heredero presuntivo de la corona. ¡Ah! ella contenia una triste advertencia que el tiempo se ha encargado de realizar. (1)

Por otra parte, esta permanencia en Richeneau, era, preciso es decirlo, uno de los recuerdos que mas amorosamente acariciaba el duque de Orleans y aun el mismo rey.

Siendo duque de Orleans, hizo pintar un cuadro que representaba la sala de estudios de Richeneau; se le habia representado en él, de pié, dando una leccion de geografia en medio de los profesores y de los discípulos.

[1] Véanse las notas justificativas, número 4.

CAPÍTULO XX.

ENTRE tanto llegó la revolucion del 9 thermidor; el duque de Chartres, entonces duque de Orleans, creyó ver en ella un dichoso cambio en su situacion, el viento soplabá en favor no solo del moderantismo, sino aun de la reaccion; en este cambio creyó poder recoger algunos restos de la fortuna de su padre; resolvió dejar el colegio, y provisto de un certificado en que constaba su aptitud para enseñar, y de un pasaporte con el nombre de Corby, firmado por todas las autoridades de Richeneau y de Coire, emprendió el camino á pié con su equipaje á la espalda.

Baudoin, que habia venido con él de Richeneau, pero que en su calidad de palafrenero no ha podido profesar la equitacion en aquellas montañas en que solo las cabras pueden subir, partió primero y fué á prevenir á Mr. de Montesquiou de la vuelta de su amo.

El duque de Orleans encontró á Baudoin aguardándolo á una media legua de Bremgasten.

El camino estaba libre. M. Montesquiou, menos espiado que la vez primera que estuvo allí el duque, tenia un verdadero placer en recibirlo.

Sin embargo, por un exceso de prudencia, monseñor el duque de Orleans, aguardó á que fuese de noche para entrar á Bremgasten y aprovechar la hospitalidad del general.

Allí ocurrió una aventura bastante singular.

El nombre de Corby que habia tomado el duque de Orleans, era el de un jóven ayudante del general Montesquiou, quien luego que desterraron al general, habia vuelto á Francia; pero temiendo que se le persiguiese, se habia desterrado á su turno y habia venido á habitar en Bremgasten.

Tambien él habia tomado otro nombre diverso del suyo, y se hacia llamar el caballero de Riosnel.

De aquí resultó, que cuando vino á sentarse en frente de él en la mesa el falso Corby, el falso Riosnel no se atrevió á decirle nada, porque era denunciarse á sí mismo.

M. de Montesquiou, que sabia quien era el verdadero Corby, le aclaró el enigma con una palabra.

El jóven ayudante se consideró muy honrado prestando su nombre por algun tiempo al duque de Orleans; y seguro de que mientras durase este préstamo, ninguna mancha caería sobre él, permaneció oculto bajo el de Riosnel.

El duque de Orleans por su parte, tomó con el general Montesquiou el lugar del verdadero Corby.

Sin embargo, las calumnias con que habian perseguido á su padre, no perdonaron al hijo. Se decia en Francia que el duque de Orleans al dejar el ejército, habia llevado consigo sumas enormes, y vivia suntuosamente en Bremgasten, en un palacio que habia hecho construir el general Montesquiou con el oro ingles.

El duque de Orleans no quiso servir por mas tiempo de pretexto á una calumnia, que junto con él envolvía al general Montesquiou; resolvió volver á emprender su camino é internarse mas en aquel destierro, cuya senda es tan ancha para los que van á él y tan estrecha para los que vuelven.

Esta vez fué una mujer la que protejió al duque de Orleans.

Madama de Flahaut.

Así es como á medida que pronunciamos ciertos nombres, encontramos el origen de las influencias que rodearon el trono de 1830.

Madama de Flahaut habia escrito á Francia para desmentir todas estas bajas calumnias:

“He visto en Suiza, decia, al jóven duque de Orleans; desde que dejó el ejército, su conducta con respecto á su madre ha sido sin tacha. Su modo de vivir ha sido el de su abuelo Henrique IV; tiene un carácter melancólico, pero modesto y afable.

“Toda su ambicion es ir á olvidar en la América la grandeza y los sufrimientos que han acompañado su juventud, pero no posee nada en el mundo. Podriais hacerle un servicio de informando á su madre de su noble conducta y de la veneracion que la profesa.”

Este deseo de visitar los Estados-Unidos, podia ser realizable por una circunstancia que provenia de la antigua fortuna del príncipe.

En los últimos dias del poder del príncipe Igualdad, habia recibido de 1792 á 1794 en el Palacio Peal, al ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos en Francia. Con sus principios de puritanismo exaltado, el diplomático americano, no habia visto en el duque de Orleans sino lo que verá en él la posteridad. es decir, un republicano sincero, haciendo toda clase de sacrificios por su país y quizá estraviado por el doble ejemplo de aquellos dos Brutos, cuyo nombre, símbolo de rígidas virtudes, ha servido de pretexto para tantos crímenes: en consecuencia, le habia cobrado una verdadera amistad.

Habia conocido especialmente á la señora duquesa de Orleans y habia apreciado á esta santa mujer en su verdadero valor.

Madama de Flahaut, que en aquella época frecuentaba mucho el Palacio Real, habia conocido al señor gobernador Morris, y refujiada como el jóven príncipe en casa de M. de Montesquiou, le ocurrió la idea de escribirle y manifestarle la posicion del duque de Orleans.

A vuelta de correo, el príncipe recibió una carta del se-

ñor gobernador Morris, en la que invitaba al príncipe á pasar inmediatamente á América; una vez desembarcado en Nueva-York, quedaria bajo la proteccion del gobierno, y no solo no tendria nada que temer, pero ni aun tendria nada porque inquietarse.

Venia inclusa en esta carta una letra de cien luises contra un banquero de Bâle. Estos cien luises estaban destinados para los gastos de viaje del príncipe.

El príncipe respondió al instante:

“Bremgasten, Febrero 24 de 1795.

“Señor:

“Acepto con el mayor placer, los ofrecimientos que me haceis: vuestra bondad es un beneficio que debo á mi madre y á nuestra amiga. Estoy seguro que mi escelente madre se consolará algun tanto y estará mas tranquila cuando sepa que me encuentro á vuestro lado. Estoy dispuesto á trabajar en vuestro dichoso país para hacerme independiente. Apenas comenzaba mi vida cuando me asaltaron las mayores desventuras; pero á Dios gracias, no me han desalentado. Me contemplo feliz en mis infortunios, porque mi juventud no me ha dado tiempo de apegarme á mi posicion y de contraer costumbres dificiles de desarraigar por haber sido privado de mi fortuna antes que pudiera no ya gozar, sino ni aun usar de ella.

“Nuestra escelente amiga ha querido haceros saber algunas particularidades concernientes á mi posicion actual, que es bastante deplorable y de la que debeis estar ya instruido. Espero, señor, que mi confianza os dará una prueba de los sentimientos de estimacion y amistad que me habeis inspirado.”—L. F. de Orleans.”

Ya era tiempo de que llegase este recurso al ilustre viajero; la persecucion de que era víctima iba á estenderse á M. de Montesquiou. El duque de Orleans supo esta cir-

cunstancia de una manera indirecta, por algunas palabras que sorprendió en una conversacion que no se creia pudiese oír y que sin embargo escuchó.

Se resolvió á partir inmediatamente.

El príncipe salió de Bremgasten en la mañana siguiente al dia en que habia tenido esta revelacion, es decir, el 10 de Marzo de 1795.

Su hermana se habia retirado á Ungría, al lado de su tia la princesa de Conti, abandonando el convento de Santa Clara el 11 de Mayo de 1794, es decir, casi al año de estar en él.

Madama de Genlis estaba en Hamburgo con M. de Valence y Dumouriez.

M. de Montesquiou dió cartas al duque de Orleans para Dumouriez, quien lejos de renunciar á su esperanza de restaurar la monarquía, trabajaba mas activamente que nunca.

El 20 de Marzo, el duque de Orleans llegó á Hamburgo, acompañado de M. de Montjoie y de Baudoin. Allí encontró á Dumouriez, quien respondió luego á la carta de M. de Montesquiou. Esta respuesta contenia el siguiente pasaje que prueba lo que hemos dicho de las esperanzas del vencedor de Valmy.

“He abrazado, como podeis conocerlo, con la mas grande satisfaccion á mi jóven amigo; lo he encontrado resignado y valeroso; ha pasado cinco dias conmigo, hubiera sido muy satisfactorio para mí, el haberlo detenido todo el verano; pero si hubieramos sido descubiertos, se hubiera dicho que arreglábamos su coronacion, y que yo educaba con esmero al gefe de la nueva dinastía.

“En efecto, desde ahora veo como concluida la dinastía de Capeto, porque ninguna de las revoluciones que se sucedan unas á otras le serán favorables. Algun dia habrá un rey en Francia. No sé cuando, no sé quien; pero seguramente no será elegido en la línea directa.”

Es muy notable que casi en los momentos en que escri-

bia esto Dumouriez, el futuro rey de Francia ya se inclinaba por el 13 vendimiario que debia servir á la vez para realizar y desmentir la prediccion de Dumouriez.

Cuando llegó á Hamburgo, un capricho juvenil se apoderó del príncipe; en lugar de embarcarse para América, quiso visitar el Norte, é internarse en él hasta donde faltase tierra á sus piés, como dice Regnard. Sin duda, antes de contemplar la fria realidad de los Washington y de los Adam queria vagar entre las fantásticas nieblas de Else-neur.

Llegó á Suecia el 6 de Mayo de 1795.

El rey Gustavo acababa de ser asesinado por Anekastroem, Horn y Ribing; el duque de Sundermania era regente.

Este duque de Sundermania, á quien se llamaba el Orleans de la Rusia, no podia menos de ser un protectorseguro para el desterrado. Manifestó, pues, á este toda su simpatía, recibéndolo muy bien y protejiéndolo contra las pretensiones del enviado de Francia, llamado Rivals, que habia recibido del Directorio órden para vigilar de una manera particular, al jóven duque de Orleans.

CAPÍTULO XXI.

EN los dos meses que acababan de pasar, el viajero habia recorrido todo ese pais de antiguas leyendas, verdadera patria de espectros y fantasmas, que se llama Dinamarca. Vió el castillo de Cronembourg y los jardines de Hamlet, visitó á Elsenebourg y Gottembourg, y remontó el lago Vener hasta llegar á las cascadas del rio Goths en Trohalihatan; tomó el camino de Noriega y visitó en Frédéricksball, el lugar en que habia muerto Carlos XII: despues permaneció en Cristianía, y bajo el nombre de Corby conoció al pastor protestante Monod, que volvió á ver mas tarde en Paris: habiendo costeadado despues las costas de Noruega hasta el golfo Salten, visitó el Malestroun, inmenso abismo, que mas que real, parece imginado por Symbad el Marino, en uno de los cuentos de las Mil y una noches. Despues, á pié con los Laponos, trepó de montaña en montaña hasta el lago de Tys, llegó hasta el cabo del Norte, y despues de permanecer algunos dias en medio de las nieves, frente á un oceano de hielo, á 18 grados del Polo, regresó á Torneo, en el golfo de Bothnie, al que apenas algunos franceses habian llegado desde que el rey Luis XV habia enviado allí á Maupertuis para medir un grado del Meridiano bajo el círculo polar.

En fin, volviendo por Avo, el jóven príncipe recorrió la